La idea de los Soviets (1933)

Pano Vassilev

Una contribución al estudio del origen libertario de los soviets

Editorial Ida Mett
2026

Índice general

Prefacio 1

Introducción 2

1. La idea de los soviets no es una noción bolchevique 4

2. Origen exacto y desarrollo histórico 16

3. Aparición y evolución de la idea de los soviets en Rusia 33

Prefacio

De 1977 a 1997, Volonté Anarchiste publicó 39 folletos (45 números, incluidos 6 números dobles). Es el número 23, La idea de los soviets, de Pano Vassilev, que el Collectif Partage Noir ha puesto en línea.

Algunos de estos panfletos todavía están a la venta en la librería de la Fédération Anarchiste

Este número de Volonté Anarchiste debería ser de gran interés para nosotros. El texto es rico en referencias históricas desde la Primera Internacional hasta la víspera de la revolución española para apoyar la tesis libertaria del origen de los soviets.

Esperamos que el interés de este folleto se extienda más allá del marco de nuestro movimiento para llegar a muchos marxistas. Tendrán así el placer de conocer la concepción libertaria de los soviets, concebidos como células colectivas básicas de la sociedad futura.

El texto revela la recuperación marxista de esta concepción originalmente desarrollada bajo otros nombres por los anarquistas. No hay coexistencia posible entre los soviets con un papel real y la presencia de un Estado omnipotente.

Pano Vassilev, compañero búlgaro asesinado por la policía en 1933 en Sofía, nos muestra a través de la lectura de este texto la inexistencia de oposición entre el comunismo libertario y el anarcosindicalismo.

Para facilitar su lectura te informamos de que los apuntes están recogidos al final de cada capítulo.

Salud y revolución social, Grupo Fresnes-Antony de la Fédération Anarchiste (1983)

Introducción

El 13 de abril (1933), a las 19 horas, en una calle de Sofía, el obrero anarcosindicalista Pano Vassilev fue asesinado por la policía. Fue un asesinato cobarde y pérfido, y desgraciadamente no es un hecho aislado: es un eslabón en la cadena de crímenes en este desafortunado país donde el asesinato político se ha convertido ya en una virtud, mientras los asesinos pasan por héroes y patriotas. (Extracto de una carta manuscrita en francés en su momento para informar a la prensa libertaria, firmada por G.G.).

Breve biografía de Pano Vassilev

Si el nombre y la acción de Manol Vassev personifican al sindicalista militante del anarcocomunismo búlgaro, el de Pano Vassilev representa el anarcosindicalismo en Bulgaria, introducido en el país como una tendencia del anarquismo.

Nació el 17 de octubre de 1901 en Lovetch, hijo de una familia pobre (su padre era curtidor). Cuando era estudiante de secundaria, Pano vio la miseria y la carga de trabajo del pueblo y empezó a pensar en su liberación. En aquellos años de desempleo y escasa subsistencia en el país, Pano, como muchos otros, presa del sueño de ir a tierras lejanas, partió con Boris Shivachev (que llegó a ser un escritor anarquista muy conocido y apreciado en los círculos culturales búlgaros) el 7 de noviembre de 1920 hacia Argentina. Pasó casi cuatro años allí. Bajo la influencia de la entonces poderosa organización anarcosindicalista FORA (Federación Obrera Regional Argentina), se hizo anarcosindicalista.

A su regreso a Europa, en 1924, permaneció algún tiempo en Francia, donde enriqueció sus conocimientos sobre el anarcosindicalismo. En Sofía, Pano Vassilev emprendió una propaganda muy activa y exitosa, a partir de 1926. En la famosa sala de lectura-biblioteca «Khristo Botev», en el barrio de Yuchbunar

de Sofía, mostró por primera vez sus dotes de orador y polemista, con un sólido conocimiento del anarquismo y el marxismo. Fue apre-

ciado por una gran audiencia por su tono cálido y cautivador y su sólida argumentación.

Al mismo tiempo, Pano Vassilev fue un firme defensor de la difusión de los conceptos anarcosindicalistas y de la creación del correspondiente movimiento sindical. Como iniciador, redactor y colaborador de revistas y publicaciones, como portavoz del anarcosindicalismo, como autor de un notable folleto sobre los soviets, la única obra seria sobre este tema en la época, se elevó al nivel de un gran militante obrero. Su nombre se convirtió en el objetivo de la reacción, que nunca dejó de buscar víctimas.

Tras participar como delegado búlgaro en el congreso de la AIT en España, a su regreso publicó una serie de artículos en los que presentaba esta Internacional y el movimiento sindical español a los trabajadores búlgaros.

En 1933, la recién creada federación de Grupos Obreros Autónomos de Sofía, con el fin de frustrar la vigilancia de la imprenta, hizo imprimir a primera hora un manifiesto para distribuirlo el 1 de mayo. Pano Vassilev fue a recogerlo a la imprenta el 13 de abril. Seguido y observado mientras tomaba el paquete de folletos, fue asesinado en una emboscada por un miembro de la policía del régimen democrático de Grigorov.

Nota biográfica extraída de Istoria na bezvlastnitcheskoto dvijenie v Balgaria, otcherki (Historia del movimiento anarquista en Bulgaria, esbozo) de Guéorgui Balkanski – traducción al francés Volonté Anarchiste n° 16-17)

CAPÍTULO 1

La idea de los soviets no es una noción bolchevique

La idea de los Soviets no tiene nada en común con el sistema de gobierno soviético, como cree la mayoría de la gente. Por el contrario, tenemos derecho a sostener lo contrario, es decir, que la idea de los soviets, la idea de una organización de la vida social en el sentido de un sistema nuevo, libre, comunista, con la regulación de la producción y la distribución de los bienes en la sociedad futura a través de reuniones, reuniones de trabajo entre delegados directos, siempre reemplazables y desprovistos de cualquier poder, de organizaciones profesionales y centros de distribución; esta idea no tiene nada en común con el carácter de los bolcheviques, su tendencia estatista y su sistema dictatorial en la regulación de la vida social.

Si, a pesar de ello, la idea de los soviets, especialmente en Bulgaria, se identifica con el bolchevismo y con el actual sistema soviético, con su dictadura de Estado, se debe sobre todo a que el partido bolchevique, por diversas razones, ha logrado imponer y consolidar su poder dictatorial en Rusia. Precisamente donde el proletariado intentó por primera vez aplicar el sistema soviético en la práctica y a gran escala.

Y si añadimos la ignorancia de la historia del movimiento obrero, y más precisamente de su ala izquierda, la confusión se explica más fácilmente. Incluso en nuestro país hay anarquistas que consideran los soviets como un invento puramente bolchevique y los equiparan a la dictadura bolchevique.

No es difícil demostrar que el bolchevismo en su fundamento no tiene nada en común con la idea de los soviets en su sentido propio y original.

En primer lugar, hay que recordar que el bolchevismo, según sus propios partidarios, es el «verdadero», el «único marxismo correc-

tamente entendido». Marx y Engels, los fundadores de la ideología marxista, nunca se declararon a favor de los soviets. Escribieron muchos libros en los que desarrollaron en detalle no sólo los principios teóricos y filosóficos, sino también el programa constructivo de lo que ellos mismos llamaron socialismo científico. Pero en ninguna de sus obras (ya sean libros, panfletos, manifiestos, programas, cartas

o notas críticas) hay una línea en la que se pueda suponer que «los grandes maestros del proletariado» preveían los «consejos obreros» como órganos que el proletariado en lucha podría utilizar para coordinar sus esfuerzos o, en el futuro orden socialista, para organizar la producción, la distribución y la vida social en general, ni siquiera en el llamado período transitorio.

Del mismo modo, es imposible encontrar una sola palabra en el sentido de los consejos obreros como órgano de lucha entre los estudiantes, los divulgadores del marxismo, que pensaron y escribieron después de Marx y Engels. Esto es natural, ya que el marxismo nació, se formó y se desarrolló precisamente como un socialismo parlamentario y estatal. Así fue y sigue siendo en su esencia, a pesar del escenario soviético que los bolcheviques construyeron en 1917.

La separación que tuvo lugar en 1872 en la Primera Internacional fue la consecuencia lógica de las concepciones incompatibles y profundamente opuestas de los marxistas y los bakuninistas precisamente sobre la cuestión de la relación entre los movimientos obreros y el Estado burgués moderno en general, y su órgano legislativo, el parlamento en particular. Los marxistas, encabezados por el propio Karl Marx, se definieron clara y categóricamente como parlamentarios y estatistas. Y los bakuninistas se llamaban anarquistas, porque se declaraban enemigos de todo tipo de parlamentarismo.

Para Marx, Engels y sus seguidores, la revolución social se concibe siempre como una serie de reformas sociales llevadas a cabo por un partido político llamado socialista o proletario que ha alcanzado el poder. Es decir, cuando el partido político se ha hecho dueño de los órganos legislativos y ejecutivos del Estado, del parlamento, de la policía, del ejército y de los tribunales. La llamada dictadura del proletariado, en la concepción de los fundadores del marxismo

y sus partidarios, es la dictadura de un parlamento en el que «los representantes del proletariado» han logrado obtener una mayoría. Esta concepción se expresa en el Manifiesto Comunista, que habla de la conquista de la máquina estatal y de la centralización del crédito por medio del Estado [1]. En el Anti-Dühring [2] Engels escribe: El proletariado toma el poder del Estado y transforma los medios de producción primero en propiedad estatal, y el Estado aparece como el verdadero representante de toda la sociedad. En su objetivo inmediato, los marxistas siempre han utilizado la expresión «estado popular» (Volkstaat), con una asamblea legislativa, es decir, el parlamento, donde la mayoría corresponde a los «representantes de los trabajadores».

Marx llegó a escribir íntegramente en el número del 12 de junio de 1848 de la Nueva Gaceta Renana [3] que tras la victoria del proletariado debía convocarse

inmediatamente una asamblea constituyente con poderes dictatoriales. Y en su mente esto es la «dictadura del proletariado».

Para los marxistas, esta «dictadura del proletariado» ha sido siempre la dictadura de los «representantes del proletariado» en el parlamento, en el actual Estado burgués, lo que queda especialmente claro en las palabras del amigo de Marx, Engels, sobre la Crítica del Proyecto de Programa de Erfurt: «Un punto es absolutamente cierto: nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar al poder en forma de república democrática. Esta es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como ha demostrado la gran Revolución Francesa. [4]

De esto podemos concluir que para Engels, y por tanto para Marx y los marxistas, la república democrático-burguesa es la forma política del socialismo tras la revolución. No hay otra forma en la que la dictadura del proletariado pueda expresarse, porque la gran revolución francesa ha demostrado (!) que la república democrática es su forma específica.

Hasta la Revolución de Octubre de 1917, e incluso dos meses después, los bolcheviques rusos -que, como todos los marxistas de la época, se autodenominaban socialdemócratas- representaban la

famosa «dictadura del proletariado» sólo como la de una asamblea constituyente. Y hacia esta dictadura habían movilizado todos sus esfuerzos hasta los últimos momentos de la asamblea constituyente rusa de 1917. Existen muchos hechos y documentos que lo confirman, incluso de fuentes bolcheviques. Por ejemplo, el propio programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, donde los bolcheviques eran mayoría, es bastante claro en su posición antisoviética y proparlamentaria. Este programa seguía vigente en 1917. En este programa, que los bolcheviques y Lenin compartieron hasta la dispersión de la asamblea constituyente en octubre de 1917 por los marineros de Kronstadt, se lee:

'Por lo tanto, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia considera como su tarea más inmediata la abolición del absolutismo del zar y su sustitución por una república democrática, cuya constitución debe garantizar:

1) La soberanía del pueblo, es decir, la concentración de todo el poder supremo del Estado en manos de una asamblea legislativa formada por representantes del pueblo.

2) El derecho de elegibilidad: general, igual y directo para todos los ciudadanos mayores de 20 años a la asamblea constituyente y a los órganos de poder local; el derecho de toda persona elegida a ser designada para cualquier cargo parlamentario.

Al mismo tiempo que persigue sus objetivos inmediatos, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia apoya cualquier movimiento de oposición revolucionario que tenga como objetivo un cambio político radical, y rechaza categóricamente cualquier proyecto de reforma que refuerce la tutela policial y administrativa de las clases trabajadoras.

El Partido de los trabajadores Socialdemócrata Ruso está firmemente convencido de que la realización de reformas políticas y sociales sólo es posible mediante la abolición del autoritarismo de los zares y la convocatoria de una asamblea constituyente elegida libremente por todo el pueblo. [5]

Como indica este pasaje, este programa no va más allá de una república democrática, una asamblea constituyente elegida por todos

los ciudadanos. Y, como hemos dicho, este programa seguía existiendo en 1917 sin cambios, con el apoyo de los mencheviques y los bolcheviques con Lenin. El programa no había cambiado después de la prueba revolucionaria de 1905-1906, durante la cual los trabajadores rusos crearon sus soviets, que entonces desempeñaron un papel muy importante en la lucha. Y los bolcheviques no sólo no corrigieron el programa tras el «ensayo general» de 1905-1906, para hacerlo menos parlamentario y más «soviético», sino que incluso subrayaron su posición contra los soviets, la experiencia de los trabajadores. Así, en el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia celebrado en Londres del 13 de mayo al 1 de junio de 1907, el Partido Bolchevique (que entonces era sólo una fracción) propuso y aplicó (convirtiéndose en mayoría) una resolución sobre la cuestión de los soviets, de la que a continuación se ofrecen algunos extractos:

I – Resolución sobre la cuestión de la relación del partido con la Duma (el parlamento ruso); b) es necesario explicar al pueblo la imposibilidad de la realización de la libertad política por medios parlamentarios, mientras el poder siga en manos del gobierno zarista [6]; la necesidad de una lucha abierta de las masas populares contra la fuerza armada del absolutismo, como única posibilidad de que la revolución se asegure una victoria total: el paso del poder a manos de los diputados del pueblo y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, con voto igualitario, directo y secreto.

II – Resolución frente al congreso obrero [7]: b) Proyecto bolchevique (que fue adoptado): Considerando 1) que el partido obrero socialdemócrata ruso es la única organización que reúne a la parte consciente del proletariado como vanguardia y que dirige las luchas de la clase obrera por una sociedad socialista y las condiciones indispensables para su establecimiento.

III – Que en el momento del impulso revolucionario, parece posible (!) organizar o utilizar para los objetivos de la socialdemocracia las formaciones

obreras sin partidos, como los soviets de representantes de los trabajadores, etc.

IV – Que la idea de un congreso obrero conduce de hecho a la sustitución de la socialdemocracia por organizaciones obreras no partidistas de carácter duradero, y que la organización y preparación mediante la propaganda de este congreso obrero conduce inevitablemente a la desorganización del partido, y deja a grandes masas de trabajadores bajo la tutela y la influencia de la democracia burguesa.

El congreso reconoce que (...) 2) la participación del partido en estas organizaciones es posible en caso de necesidad, siempre que el partido desarrolle y fortalezca sus objetivos; 3) la idea de un congreso obrero sin partido, apoyada por los anarcosindicalistas en su lucha contra la influencia socialdemócrata sobre las masas obreras, es absolutamente perjudicial para el desarrollo de clase del proletariado; 4) en aras de la libre discusión de la cuestión del congreso obrero en la prensa del partido, el congreso considera que no se debe hacer propaganda de la organización del congreso obrero ni entre los miembros individuales ni entre las organizaciones del partido. [8]

Estas citas del programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (en el que los bolcheviques eran mayoría) y las resoluciones relativas a la actitud de este partido respecto a la Duma y al proyecto de un «congreso obrero» no partidista indican que los «marxistas-leninistas» rusos incluso después de la experiencia de 1905-1906, siguieron siendo fieles a las enseñanzas de Marx y Engels y considerando como propia la «forma específica» según la cual «la dictadura del proletariado» será una república parlamentaria y democrática, y no los soviets de obreros y campesinos.

Y si después del Levantamiento de Octubre (1917) abandonaron sus viejas posiciones parlamentarias y democráticas no revolucionarias sobre la asamblea constituyente y se convirtieron en «pro-soviéticos», fue puramente por obligación y porque no podían hacer otra cosa.

Toda la información sobre la conducta de los bolcheviques en este período es de gran importancia histórica y demuestra que hasta la disolución de la Asamblea Constituyente fueron partidarios de ella y pusieron sus esperanzas en ella, para obtener por cualquier medio la mayoría y gracias a ello proclamar «la dictadura del proletariado». De ahí su actitud vacilante y confusa hacia los soviets, incluso entonces,

cuando las masas trabajadoras empezaban a levantar abiertamente las consignas: «¡Abajo la Constituyente!», «¡Todo el poder a los soviets de obreros, campesinos y soldados!

Por el contrario, los anarquistas, o más bien los que estaban a favor de los soviets, los consideraban como «órganos ejecutivos de la voluntad del pueblo trabajador» [9]. A partir de junio o julio de 1917, se pusieron a la cabeza del grupo de personas reunidas en torno a los consejos, el proletariado y contra la asamblea constituyente. En cuanto a los bolcheviques, siguieron considerando posible un «cambio revolucionario» de la Asamblea Nacional y no adoptaron ninguna posición clara y definida sobre la cuestión del papel y la misión de los soviets en la revolución proletaria.

Así, por ejemplo, cuando las masas de Petrogrado y Kronstadt, asqueadas por la Asamblea Constituyente y por las maquinaciones de los «representantes del pueblo» que allí se sentaban, se alinearon abiertamente bajo la consigna «¡Todo el poder a los soviets! «Los bolcheviques entonces -escribe Efim Yartchuk [10]- tomaron la causa de la Asamblea Constituyente y, para defenderla, introdujeron en los soviets la idea de su transformación, hasta cierto punto, en un órgano del poder central [11].

Y cuando el bolchevique Rochal, en una reunión en Kronstadt el 3 de julio de 1917, habló a las masas sobre la manifestación armada con la consigna «Todo el poder a los soviets», los demás miembros del partido se reunieron con Razkolnikov, para esperar la decisión del comité central del partido, que estaba reunido en Petrogrado. Y a la pregunta de Rochal a Razkolnikov: ¿Y si el partido decide no apoyar nada? Desde aquí les obligaremos a hacerlo. [12]

Es bien sabido, y los bolcheviques búlgaros lo reconocen, que hasta el último momento antes de la insurrección de octubre, la mayoría del Comité Central del partido se oponía a ella, y que Zinóviev, Kámenev y otros desempeñaron durante esos días decisivos el triste papel de típicos oportunistas y contrarrevolucionarios. Estos señores, que más tarde se declararon «verdaderos» y patentes revolucionarios y que, durante la sublevación de Kronstadt de 1921 contra el poder bolchevique que entonces representaban, se atrevieron a lla-

mar «contrarrevolucionarios» a los marineros de Kronstadt, estos señores desertaron, por tanto, de la lucha en el momento principal de la verdadera revolución proletaria. Se opusieron a la sublevación, manteniendo sus esperanzas de revolución social en el hecho de que pudiera aparecer en la asamblea constituyente, siguiendo la vía parlamentaria y democrática.

Que el partido bolchevique estuvo realmente a favor hasta el último momento, antes de la disolución de la Asamblea Constituyente, y que se vio obligado a cambiar su posición antisoviética y a aceptar además la consigna «¡Todo el poder a los soviets! Así lo demuestra el testimonio de León Trotsky: «Nuestro partido no rechazó nada de la democracia, teniendo en cuenta las determinadas prioridades de agitación política de esta transición legal al

nuevo régimen. Esto llevó a nuestro intento de convocar la asamblea constituyente (. . .) La asamblea constituyente obstruyó el movimiento revolucionario y fue barrida. [13]

Trotsky no dice, por supuesto, cómo y por quién precisamente fue «barrida» la Asamblea Constituyente, porque seguramente no tiene ningún interés en esto, la «agitación política». Tampoco es capaz de describir este acto revolucionario del partido bolchevique, que, según su propia admisión, hizo lo imposible por establecer «la dictadura del proletariado», es decir, la asamblea constituyente. Trotsky sólo dice que la Asamblea Constituyente fue «barrida» porque era un obstáculo para el movimiento revolucionario. Pero cualquier persona con un mínimo de raciocinio concluye de esta cuidadosa frase que: 1) el movimiento revolucionario de entonces no estaba ciertamente dirigido por el partido bolchevique; 2) el partido bolchevique de entonces, con su clara preferencia hasta el último momento por la Asamblea Constituyente, constituyó uno de los factores que impidieron el desarrollo de la revolución.

Anatole Gorelik, sin ocultar la realidad por las necesidades de la «agitación política», describe los acontecimientos de estos días de la siguiente manera: Todavía vacilantes, vacilantes hacia los soviets y la asamblea constituyente, estaban en cualquier caso resueltos a instalarse firmemente en el Palacio de Invierno. Sólo en enero de 1918

(¡dos meses después del 25 de octubre!), al no contar con la mayoría de los votos en las elecciones a la asamblea constituyente, y ante el hecho consumado de la dispersión de ésta por un destacamento de marinos comandado por el anarquista Zelesniakov, rechazaron esta constituyente. [El camarada Zelesniakov era ese día el jefe de la guardia de la asamblea constituyente. Al final de la tarde, se dirigió tranquilamente al jefe de la asamblea, el socialista revolucionario Chernov, y propuso a todos los miembros de la asamblea constituyente que se marcharan porque estaba cansado de su cháchara y de su trabajo (y los marineros querían irse a la cama). Este fue también el simple fin de la existencia de la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques no participaron en la disolución de la Asamblea Constituyente, legalizaron los hechos consumados]. Incluso entonces, como ahora, la política de los bolcheviques estaba determinada por el equilibrio de poder. [14]

Y, a decir verdad, este cambio sólo puede entenderse por la necesidad de enderezarse ante la realidad. El partido bolchevique lo aplicó repentinamente a la Asamblea Constituyente y a los soviets en 1917-1918, bajo la presión del astuto y previsor Lenin. La exposición de los hechos demuestra que, ante la disyuntiva de la fidelidad al marxismo y al parlamentarismo, aferrarse obstinadamente a la Asamblea Constituyente a toda costa y oponerse a la

entrega de «¡Todo el Poder a los Soviets! «Con el riesgo de ser «barridos» por las masas trabajadoras de la arena de la lucha social como partido político asociado a la asamblea constituyente (como fue el caso de todos los demás partidos «socialistas», «obreros», «laboristas»), los bolcheviques rechazaron la asamblea constituyente, adaptado temporalmente al impulso de las masas tomando el tren en marcha, para esperar el momento favorable para aniquilar a los «soviets», para arrebatarles el «poder» y concentrarlo por un camino indirecto en sus propias manos, no ya evidentemente por medio de la asamblea constituyente, sino por la intermediación de un comité ejecutivo central de soviets.

A pesar de la opinión predominante en el Comité Central del partido de no ceder al entusiasmo de las masas, Lenin, aunque estaba

en minoría, captó correctamente con su amplia mente el triste destino que le esperaba al partido si no se unía a la tendencia de las masas. Lenin anunció la solidaridad del partido con el movimiento de los obreros, los campesinos y sus orientaciones. Anunció que culpaba a la mayoría del Comité Central de ir en contra de los deseos de las masas y de perjurar su deber revolucionario. Aceptó sin reservas la consigna «¡Todo el poder a los soviets!», y por decreto cambió el nombre del partido por el de «Comunista», y siguió momentáneamente esta tendencia.

Pero esto no duró mucho. Tras el anuncio de que la contrarrevolución había sido derrotada, y gracias a la valiente maniobra de Lenin, el Partido Bolchevique logró obtener la mayoría en el Congreso Panruso de los Soviets y en el Comité Ejecutivo Central de los Soviets. Este fue el comienzo de la centralización de las iniciativas y del derecho por parte de esta institución, en el que los bolcheviques siempre conservaron una posición dominante. De hecho, «por la puerta de atrás», se restableció la actitud anterior: todos los derechos de los soviets habían sido aniquilados primero «temporalmente», luego para siempre, y sólo quedaba el nombre del soviet.

Pero mientras un país esté gobernado por la dictadura de un partido, los consejos obreros y campesinos pierden obviamente toda su importancia. Quedan reducidos al papel pasivo que desempeñaban en el pasado los Estados Generales y los parlamentos cuando eran convocados por el rey, y tenían ante sí un consejo del rey todopoderoso. [15]

Por parte de los bolcheviques, no podía ser de otra manera, una vez instalados en el poder y en el control de la situación. De hecho, los bolcheviques nunca estuvieron a favor de un verdadero sistema de consejos. En 1905, por ejemplo, Lenin explicó al presidente del soviet de San Petersburgo [16] que su partido no podía simpatizar con la anticuada institución del sistema de consejos. Pero como las primeras etapas de la revolución rusa se habían desarrollado sobre la

base del sistema de consejos, los bolcheviques tuvieron que asumir esta herencia, muy dudosa a sus ojos, cuando tomaron el poder. Toda su actividad tendía entonces a despojarlos poco a poco de todo poder

y a subordinarlos al gobierno central. Que lo hayan conseguido es, en nuestra opinión, la gran tragedia de la Revolución Rusa. [17]

En otro capítulo veremos por qué los anarquistas rusos no pudieron impedir que los bolcheviques tomaran el poder y secuestraran la revolución y los soviets.

Notas

[1] Manifiesto Comunista, conclusiones, medida nº 5.

[2] Anti-Dühring, Ed. Sociales, 1959, p. 319-320.

[3] Los alemanes -como Liebknecht y Bebel- publicaron un periódico con este título en el que colaboraron Marx y Engels.

[4] En Marx-Engels, Programas socialistas, Espartaco, p. 74.

[5] Londonsky sezd rosiskoy sots-demokrotitcheskoy robotchy parti, París 1909, p. 16.

[6] Se deduce lógicamente que si el «poder real» escapa al gobierno zarista, la «libertad política» es aplicable por la vía parlamentaria.

[7] Este es el proyecto de un congreso obrero de representantes de los soviets y otras organizaciones no partidistas.

[8] Op. cit. p. 455.

[9] Véase el libro Anarquismo y Comunismo (en ruso) de Preobrazhensky.

[10] Yartchuk fue uno de los participantes.

[11] Citado en el libro de Yartchuk Kronstadt en la Revolución Rusa (en ruso, y en la traducción al español)

[12] Yartchuk, op. cit. p. 15.

[13] Terrorismo y comunismo (retraducido del búlgaro, p. 36).

[14] A. Gorelik, Les anarchistes dans la Révolution russe, París 1973, trans. Skirda, p. 65. En cuanto a la parte Le camarade (...) accompli, la hemos traducido del ruso -páginas 15-16 originales-, ya que se omite en la edición francesa.

[15] Kropotkin, Carta a los obreros occidentales, 1920, en Kropotkin, Œuvres , 1976, p. 346.

[16] Un tal G. Khroustalev.

[17] Rudolf Rocker, Los soviets traicionados por los bolcheviques (el descrédito del comunismo de Estado), 1921, ed. Spartacus, 1973, p. 20.

CAPÍTULO 2

Origen exacto y desarrollo histórico

Capítulo II – Origen exacto y desarrollo histórico

La idea de los soviets se considera generalmente «nueva» y surgida de la revolución rusa de 1917. Los historiadores más «precisos» (!) sitúan la fecha de su primera aparición en torno a 1905-1906, cuando se produjeron importantes acontecimientos revolucionarios en Rusia. De hecho, ninguna de estas explicaciones es cierta.

Es cierto que los soviets aparecieron por primera vez durante las grandes y grandiosas huelgas del proletariado ruso en 1905-1906. También es cierto que la Rusia de 1917 fue testigo del intento más notable, hasta ahora, en la historia del movimiento revolucionario proletario de aplicar prácticamente el sistema de soviets a gran escala. Y después de esta experiencia también es cierto que la idea de los soviets adquirió un eco hasta entonces desconocido y se hizo popular sobre todo en países en los que, o bien era desconocida, como por ejemplo en Bulgaria, o bien era descartada de plano y considerada «utópica», como en Alemania.

Sin embargo, es incorrecto pensar que los soviets obreros como órganos de coordinación de las luchas obreras a escala local aparecieron por primera vez en Rusia en 1905-1906 o en 1917. Es igualmente falso que la idea de la organización social, y más precisamente de la producción y el consumo en la sociedad futura por medio de soviets locales de trabajadores, haya aparecido por primera vez durante la revolución rusa.

El origen de la idea misma de los consejos obreros como órgano unificador de los trabajadores de una localidad, así como la aparición de este concepto de regulación de la futura actividad económica y social de la sociedad en un lugar determinado por parte de los soviets obreros, se encuentra ya en la época de la Primera Internacional. Está

presente en las secciones que estaban a la izquierda y cuyo ideólogo e inspirador más famoso fue Michel Bakunin.

Esta concepción del soviet obrero como órgano de unión y coordinación de las luchas del proletariado a escala local, mientras este proletariado se organiza en sus organizaciones de clase -los sindicatos- es un reflejo natural dictado por la propia necesidad. Cuando los trabajadores de una ciudad están unidos por el sindicato y cuando quieren contactar con otros sindicatos en una

organización local, es lógico que busquen y encuentren un órgano que los vincule y los una. A través de este organismo podrán coordinar sus esfuerzos en la ciudad, sin perder sus conexiones profesionales ni su actividad autónoma.

Para esta coordinación, el órgano más adecuado es el soviet local de trabajadores, es decir, la unión de los delegados de todas las organizaciones de trabajadores existentes en un sector determinado, elegidos por las asambleas sindicales de los propios trabajadores, constantemente responsables ante estas asambleas y siempre revocables por ellas. Este órgano no es ni un comité de gestión local, cuyos miembros pueden tomar y aplicar decisiones, ni un pequeño parlamento en el que se sientan los «representantes del pueblo», elegidos por un periodo fijo, durante el cual legislan, mientras los votantes respetan incondicionalmente las leyes hasta las siguientes elecciones, como es el caso de las actuales elecciones municipales.

Se crearon soviets locales de trabajadores con diferentes nombres y títulos, como únicos órganos técnicos y ejecutivos. No tenían ningún poder de gestión ni derecho a resolver y dirigir lo que había que hacer y lo que no había que hacer según su criterio. Son los que los hicieron los que deciden a través de sus delegados. Nacieron de las necesidades de la lucha obrera.

La Primera Internacional era un sindicato de trabajadores creado principalmente por sindicatos nacionales y regionales. Las secciones más fuertes y avanzadas eran las organizaciones profesionales de los trabajadores del Jura (en la Suiza francesa), en París y en algunas partes de Francia, Inglaterra, la parte valona de Bélgica, España e Italia. En todas estas secciones, con la excepción de Inglaterra, las

ideas dominantes y las formas de organización eran las propagadas y aplicadas prácticamente por Proudhon y Bakunin. A través de ellos, las ideas proudhonianas y bakunianas tuvieron una influencia predominante en toda la Internacional. Sólo en Alemania prevaleció la influencia de Marx, pero la sección alemana de la Internacional era una de las más débiles de la época y tuvo poca influencia en el desarrollo de las ideas de la Internacional en ese momento fundamental.

Al principio, y durante mucho tiempo, la orientación ideológica era confusa e indeterminada. Por ello, en los primeros congresos (Ginebra 1866 y Lausana 1867), los internacionalistas no tomaron una posición clara sobre las formas concretas que podría adoptar la vida social tras la «liquidación» del capitalismo y del Estado. Pero el crecimiento de la Internacional como instrumento de lucha fue paralelo a la profundización de las ideas que pronto florecieron. La actividad práctica y la lucha diaria entre el trabajo y el capital llevaron gradualmente a las organizaciones obreras a un estudio más serio y profundo

de la cuestión social y de los medios prácticos para resolverla. En el Congreso de Basilea de 1869, la Internacional alcanzó el punto álgido de su desarrollo exterior. Este congreso arrojó una luz especial sobre la cuestión de las nuevas formas de organización económica y social tras la revolución. En los informes presentados sobre este punto por el delegado belga Hins y el delegado francés Pindy, por primera vez en las sesiones de la Internacional, se discutió seriamente el importante papel que deben desempeñar los consejos obreros o los sindicatos en la solución de la cuestión social. Y el Congreso de Basilea declara clara y categóricamente que las organizaciones sindicales obreras no son sólo órganos de defensa de los intereses de los trabajadores en el marco de la sociedad capitalista existente, sino también el esqueleto y el embrión de la futura organización social que se encuentra dentro del capitalismo. Esta declaración está impregnada del espíritu de las enseñanzas de Bakunin sobre la revolución social, a saber, que la nueva sociedad representará por sí misma la unión internacional de las organizaciones de productores -de la industria, la agricultura, el transporte, la cultura, etc.- y se inspirará únicamente en el deseo

común de defender los intereses de los trabajadores. – y sólo se inspirará en una organización internacional seria de las asociaciones de trabajadores de todos los países. [1]

Este fue el sentido de la resolución sobre esta cuestión, aprobada por el congreso a propuesta de los Hins belgas: El congreso opina que todos los trabajadores deben esforzarse activamente por crear sociedades de resistencia en los distintos oficios. A medida que se forman estas sociedades, invita a las secciones, grupos federales y consejos centrales, a dar aviso a las sociedades de la misma corporación, para provocar la formación de asociaciones comerciales nacionales. Estas federaciones se encargarán de recopilar toda la información relativa a sus respectivas industrias, de dirigir las medidas a tomar en común, de regularizar las huelgas y de trabajar activamente por su éxito, hasta que el trabajo asalariado sea sustituido por la federación de productores libres. [2]

Puesto que los obreros revolucionarios de la Primera Internacional llegaron a la convicción de que los sindicatos profesionales de hoy para la defensa de los trabajadores serán mañana los sindicatos de trabajadores libres, que organizarán la producción local, la conclusión lógica que se desprende es que los órganos actuales que reúnen a los sindicatos locales en una federación o unión sindical regional, serán mañana los órganos naturales de la administración y gestión de las nuevas formas de producción, consumo y vida social. Estos organismos no pueden actuar de otro modo, salvo los consejos locales de trabajadores. Hoy en día están formadas por todos los delegados de todas las organizaciones profesionales de una región. Mañana se ampliarán sus

funciones, con delegados de las organizaciones de consumidores de los trabajadores y sus familias por distrito, según las necesidades de la nueva situación y las nuevas tareas.

Y en efecto, en el comentario, también de Hins, que sigue a esta resolución, se dice: Sí, las sociedades de resistencia permanecerán después de la abolición del trabajo asalariado, no como nombre, sino como obra: serán entonces la organización del trabajo. Serán entonces

la resolución del libre comercio, operando una vasta distribución de mano de obra de un extremo a otro del mundo. [3]

Y este órgano administrativo será: los consejos de las organizaciones de oficios e industrias [que] sustituirán al gobierno actual y esta representación del trabajo sustituirá de una vez por todas los viejos sistemas políticos del pasado. [4]

Así surgió naturalmente la idea de la ordenación y regulación de la vida social y económica en la sociedad futura por medio de los consejos obreros.

Es interesante saber que el otro ponente de esta cuestión estudiada y ampliada en el Congreso de Basilea de 1869, el carpintero parisino Pindy, llegó exactamente a las mismas conclusiones que Hins, sobre los órganos que administrarán la vida futura. Estas reflexiones inspiran a los sindicatos revolucionarios de hoy.

Según Pindy, en la sociedad futura los sindicatos formarán comunas libres, en las que el gobierno y la gestión local serán sustituidos por los consejos de delegados de los sindicatos profesionales de trabajadores. [5]

La misma idea es apoyada por el escritor bolchevique A. Chekin (Stotsky) en un amplio trabajo: En el congreso de Basilea de la Internacional, uno de los delegados franceses [es obvio que se trata de Pindy, nota de P. Vassilev] defendiendo la necesidad de la creación de sindicatos profesionales, subrayó que son indispensables por dos razones: por un lado son un medio de acción contra la explotación del capital en nuestra época y por otro lado, al agrupar diferentes profesiones en una ciudad, forman la futura comuna (. . . .) El gobierno es sustituido por los consejos de los oficios unidos, y por un comité de sus respectivos delegados, que regula las relaciones laborales que sustituirán a la política. [6]

Para los miembros del ala izquierda de la Internacional, cuya inspiración era Bakunin y que obtuvieron una rotunda victoria sobre las ideas parlamentarias, democráticas y estatales de Marx en el congreso de Basilea, estaba claro que para transformar realmente la sociedad, ésta debía ser dominada y organizada por los trabajadores en las fábricas, talleres, empresas agrícolas, etc., y no por

el poder del Estado y su órgano legislativo, el parlamento, en contra de las ideas marxistas. Por eso no intentaron, como la burguesía, crear un nuevo partido político «obrero», para hacerse dueños del poder político y reformar la vida económica y social de arriba abajo. Por el contrario, los trabajadores se han organizado sobre la base de la producción económica, para convertirse en dueños de la fuerza económica, de la industria, del transporte y de la agricultura, de los medios de producción y de consumo, sin los cuales no es posible ningún régimen verdaderamente social, ni ninguna emancipación de las fuerzas del trabajo del yugo de la esclavitud asalariada. Quieren reorganizar el conjunto de la vida social, cuya base es la economía, desde abajo hacia arriba, reconociendo que todo poder político y toda dirección de unos sobre otros debe desaparecer al mismo tiempo que la explotación de unos por otros. Los bakuninistas de la Primera Internacional también entendieron correctamente que esto no significa la desaparición de todo orden, toda organización y toda planificación y actividad general. Para la gestión de las «cosas», es decir, la producción y la distribución de los bienes en la futura sociedad obrera sin clases y sin Estado, deberán existir órganos que respondan a las necesidades, sin contradecir el objetivo. Estos órganos están previstos como los consejos de trabajadores, que se unen y están vinculados por un sistema no estatal y federalista de organizaciones locales de trabajadores.

Así nació la idea de los soviets. Posteriormente fue perfeccionada y popularizada muy ampliamente entre los trabajadores de los países latinos de la época, a través de la prensa, los libros y los folletos del ala federal de la Internacional, que siguió a Bakunin y sus amigos. Lo expone con mayor claridad el propio Bakunin en su folleto Programa y objetivos de la organización revolucionaria secreta de los hermanos de la Internacional, escrito en 1866 [7], es decir, tres años antes del Congreso de Basilea, donde los pensadores y activistas de la Internacional examinaron con mayor detenimiento las formas que adoptaría la sociedad tras su victoria sobre el capitalismo.

En el punto seis de este programa, que trata de la revolución en la práctica, después de haber dicho que el Estado y todas las fun-

ciones del Estado serán radicalmente destruidas, que todo el capital productivo y los instrumentos de trabajo serán expropiados por las asociaciones de trabajadores que los gestionarán colectivamente y que la alianza federativa de todas las asociaciones de trabajadores (. . .) constituirá la Comuna, indica que es necesario fundar inmediatamente: la comuna revolucionaria por la delegación de uno o dos diputados por barricada, uno por calle, o por distrito, diputados investidos de mandatos imperativos, siempre responsables y siempre revocables. El consejo comunal así organizado podrá elegir entre sus

miembros comités ejecutivos, separados para cada rama de la administración revolucionaria de la comuna. [8]

Así, la idea de los soviets fue plenamente estudiada y propagada como órgano administrativo de las futuras comunas libres, en los congresos y conferencias de la sección española de la internacional más imbuida de los principios del bakuninismo. Así lo señaló el historiador del anarquismo Max Nettlau, quien en su artículo «Con motivo del próximo congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores» [9] escribió

La federación española [se trata, por supuesto, de la sección española de la Primera Internacional – Pano Vassilev] vio en los sindicatos obreros locales la organización que debía unir en su seno a todos los trabajadores de una localidad de las distintas ramas de la producción. Sus delegados formarían así el sindicato local (el soviet) de la comuna libre. Al entrar en la federación con los sindicatos de un sector, formarán una organización territorial de la producción de una región sindical. Entonces, como se dijo en la conferencia de Valencia de septiembre de 1871, que publicó un informe especial sobre su concepción con motivo de la conferencia internacional de Londres, los municipios de todos los países formarán una federación territorial, que podrá federarse con las federaciones de otros países. De este modo, se fundaría el aparato interno para la reconstrucción de la producción, la distribución y las conexiones globales. Esta propuesta fue casi ignorada por la conferencia de Londres, en la que dominaron los marxistas [10]. El informe quedó enterrado en los archivos de Engels, donde lo encontré en 1927, y luego lo publiqué.

Esto es una prueba más a favor de nuestra afirmación de que el marxismo, que defiende el socialismo estatal y parlamentario, es incompatible con el sistema soviético y, naturalmente, se opone a él.

Pero a pesar de la actitud negativa e incluso despectiva de los marxistas de la Internacional hacia este sistema, sus secciones federales continuaron preparando con vigor la cuestión de las nuevas formas de administración y regulación de la vida social en este sentido.

En el congreso de la federación española, celebrado en Zaragoza en abril de 1872, se discutió abierta y detalladamente sobre los consejos locales, soviets o consejos, que estarían compuestos por todos los productores y se transformarían en juntas directivas. En el informe presentado a este congreso por el consejo federal, se dice, entre otras cosas: Todos los grandes instrumentos de trabajo reunidos ahora por unas pocas manos ociosas podrían ser transformados de la noche a la mañana por una fuerza revolucionaria y puestos inmediatamente en usufructo a disposición de los trabajadores que

ahora los hacen producir. Estos trabajadores, por el mero hecho de organizarse en el sindicato, si no lo estaban antes, y ofreciendo a los ayuntamientos las garantías necesarias, adquirirían el pleno disfrute de los instrumentos de su trabajo. [11]

Y más adelante, al considerar la cuestión del abastecimiento de la población tras el cambio social, se dice: Estos consejos, divididos en tantas comisiones como fueran necesarias, velarían por la conservación de la propiedad colectiva y, en unión con los administradores de las empresas productoras, procurarían que el comercio correspondiera a los intereses y derechos de los socios y de la comunidad en general. Para ello, sería necesario formar grandes comercios y transformar el pequeño comercio burgués como se ha dicho -o de forma similar- de la pequeña industria, es decir, la concentración y supresión del proletariado. [12]

Las primeras tentativas de aplicación práctica de la idea de esta transformación social de las concepciones antiestatistas, antiparlamentarias y federalistas sostenidas por los internacionalistas de los países latinos se realizaron en el movimiento obrero revolucionario francés, especialmente en París en 1871 durante la famosa Comuna

de París, y en España en la época de las comunas revolucionarias de Alcoy, Barcelona y Cartagena en 1873. Se sabe, por los primeros manifiestos de la Comuna de París y por las proclamas de los bakuninistas (que intentaron proclamar comunas libres en Lyon, Marsella y otras ciudades), que el objetivo del movimiento revolucionario en Francia era la abolición del Estado y de todos los órganos legislativos y de otro tipo (parlamento, policía, ejército, etc.), sustituyéndolos por la federación nacional de comunas libres y autónomas cuya asociación debería asegurar la unidad de Francia [13].

Esta federación estará compuesta por las delegaciones libres de los municipios federados. La unidad, tal como nos la han impuesto hasta ahora el Imperio, la monarquía y el parlamentarismo, no es más que una centralización despótica, ininteligente, arbitraria u onerosa, dice el manifiesto de la Comuna del 19 de abril de 1871. París quiere que la autonomía absoluta de la comuna se extienda a todas las localidades de Francia, París no quiere nada más a modo de garantías locales, a condición, claro está, de encontrar en la gran administración central, delegación de las comunas federadas, la realización y la práctica de los mismos principios.

El propio Bakunin participó en el movimiento de Lyon y Marsella. Y en París estaban Eugène Varlin, Elisée Reclus y otros. Los manifiestos y proclamas muestran la gran influencia que el bakuninismo tuvo en el carácter de los acontecimientos. Pero desgraciadamente, por una serie de razones, esta

influencia no fue lo suficientemente fuerte, y las grandes masas proletarias de París, como señaló Bakunin, después de la derrota de la Comuna, no estaban suficientemente imbuidas de la indispensable conciencia socialista para poder dar todo el impulso deseable a la revolución parisina de 1871.

El pueblo de París (. . .) era socialista mucho más por instinto que por idea o convicción reflexiva. [14]. El carácter organizativo externo y las acciones de la Comuna no eran puramente federalistas y socialistas. Los estatistas y parlamentarios eran la fuerza de bloqueo porque representaban la mayoría de los ideólogos, inspiradores y miembros de la Comuna. Eran antiguos demócratas republicanos, influenciados

por las masas en una revolución de carácter social. Por esta razón, la Comuna de París, después de un breve período como comuna verdaderamente libre, fue adquiriendo las características de un estado local con su propio gobierno y parlamento, que normalmente siguió llamándose consejo comunal. Pero los internacionalistas, que fueron elegidos para el consejo comunal, no abandonaron ni por un momento la idea de que este consejo representaba de hecho un poder estatal y lo consideraron pura y simplemente como un órgano ejecutivo. Sin embargo, de los cerca de sesenta miembros del consejo, los internacionalistas y bakuninistas sólo eran veintidós. Los otros eran jacobinos, es decir, autoritarios, estatistas, parlamentarios. Fue una gran desgracia para la Comuna y para ellos; se paralizaron por ello y paralizaron a la Comuna [15]. Pero a pesar de ello, el hecho es que el proletariado parisino de 1871 derrocó no sólo a la monarquía, sino también a la maquinaria estatal parlamentaria y democrática, y las sustituyó por el consejo municipal. Aunque el poder gubernamental se injertó más tarde en este trono, el hecho de que la revolución parisina tomara este camino y no el del Estado y el Parlamento demuestra, incluso en aquella época, que la visión bakuniniana de la revolución social no es «utópica» y «ridícula», como dijeron Marx y Engels. De hecho, esta visión responde mucho más a los movimientos naturales de la revolución proletaria que la concepción estatista y parlamentaria de los marxistas, reducida a polvo por la Comuna [16]. Y si las fuerzas de la influencia antiestatal de los bakuninistas hubieran sido mayores en París, el consejo municipal naturalmente no habría incluido un poder gubernamental local. Habría seguido siendo un órgano puramente administrativo, como querían los bakuninistas. Y en este caso, el consejo no iba a ser dirigido como en las elecciones municipales tradicionales [17]. En cambio, estaría compuesto por delegados directos, siempre revocables, de las organizaciones obreras de productores y consumidores, como ocurrió en España en 1873 durante los levantamientos de Alcoy, Barcelona y Cartagena. Allí se aplicó por primera vez el «sistema soviético», aunque brevemente y a escala local.

El aplastamiento de la Comuna de París con la sangre de sus valientes defensores, la sangrienta represión de la insurrección del

proletariado español en 1873 y del proletariado italiano en 1876 y la profunda reacción, que apareció después de estos acontecimientos en estos países, donde el ala bakuninista de la Internacional era notablemente la más poderosa, condujeron a la escisión de las organizaciones profesionales de trabajadores imbuidas de espíritu anarquista. La Internacional fue cruelmente reprimida y en Francia fue considerada una organización «ilegal», y poco después desapareció.

Los anarquistas que sobrevivieron, especialmente los franceses, emigraron o se refugiaron en pequeños grupos puramente ideológicos, secretos, dadas las circunstancias, y mal organizados. Las constantes persecuciones les llevaron a realizar una difícil y dolorosa acción terrorista [18] contra la reacción. La literatura revolucionaria que alimentó y fundó la idea de los soviets fue destruida y desapareció.

El ideal soviético decayó y dejó de animar la acción de los revolucionarios en esta nueva situación. Esto dio lugar a una nueva y particular mentalidad revolucionaria entre los miembros de los grupos clandestinos y puramente ideológicos, más individualista que colectivista o comunista. Fue precisamente esta situación y esta «nueva» mentalidad la que preparó el terreno para la aparición de una corriente «anarquista» pluriforme de carácter individualista y antiorganizativo, acompañada de una actitud más o menos negativa hacia las organizaciones profesionales de masas de los trabajadores. La práctica del terrorismo creó naturalmente un culto a la personalidad y una veneración del heroísmo individual. En este ambiente, la teoría multiforme del «importante papel del individuo en la historia» surgió con la misma naturalidad, contradiciendo directamente la idea de Bakunin de un papel muy modesto del individuo en la historia. Fue también en este ambiente donde se formó la concepción del amplio y excesivamente importante papel de los grupos puramente ideológicos frente a la actividad de segundo orden de las organizaciones profesionales de masas de la clase obrera. No es de extrañar, en estas condiciones, que los elementos anarquistas de la época pensaran mucho más en una actividad negativa y destructiva que en una tarea creativa positiva ante la inminente revolución social.

Los elementos y factores de construcción social futura, es decir, las organizaciones económicas de los trabajadores, fueron desdeñados.

Se dio mayor importancia a las partes puramente negativas y destructivas: los «luchadores», los grupos puramente ideológicos de la «minoría revolucionaria». E incluso apareció la idea puramente netcheviana [19]: a saber, que es inútil pensar siquiera en el día después de la destrucción del viejo

orden, porque distrae la atención de la tarea principal: la aniquilación de todo lo viejo, lo podrido y lo actual. Por supuesto, dado el reinado de tales concepciones en los círculos anarquistas, no se trataba de organizaciones que «el día después» de las nuevas relaciones sociales. La idea de los soviets se olvidó hace tiempo.

Sin embargo, a partir del final del periodo de represión salvaje, y con el regreso de los emigrantes y expulsados [20], así como con la liberación de algunos compañeros, el movimiento obrero fue adquiriendo un carácter revolucionario. En España el periodo de decadencia y prohibición del movimiento profesional duró menos. La mayoría de los anarquistas apenas habían cortado sus lazos con el movimiento obrero sindicalista, a pesar de las persecuciones y masacres. Tan pronto como se restablecieron los sindicatos, la idea de los soviets resurgió en las primeras conferencias sindicales de ámbito nacional a finales de 1876.

Discutieron la cuestión de las «medidas prácticas que deben adoptarse tras la destrucción del Estado actual». El proyecto, aprobado casi por unanimidad a propuesta de la comisión federal, indicaba, entre otras cosas

1) Las localidades donde los miembros de la Internacional podrán dominar, tras el inicio del movimiento insurreccional, se declararán libres e independientes y desprendidas de todo vínculo nacional.

2) Cada uno de ellos declarará inmediatamente que todo lo que está dentro de sus límites le pertenece, y que nada es de nadie, excepto los muebles y la ropa de uso privado.

3) Los ayuntamientos se subdividirán en tantas comisiones como sean necesarias, defensa, alimentación, administración, trabajo, instrucción, informes regionales y federales, etc.

4) Los congresos departamentales y regionales asumirán por sí mismos, a través de comisiones especiales, la gestión de todos los asuntos que no puedan ser tratados por las localidades, como la defensa departamental y regional, la organización de los servicios públicos, la marina, los ferrocarriles, el correo, el telégrafo, etc. El congreso regional designará la representación de la región en el congreso universal y en las demás regiones. [21]

Pero entonces (en 1876) el congreso nacional no pudo celebrarse debido a la represión que impedía una organización plenamente pública. Esto no fue posible hasta 1881, cuando se celebró en Barcelona el primer congreso obrero de la nueva Federación Española. Este congreso no tuvo resultados particulares. En 1882 se celebró el segundo congreso en Sevilla, y el comité preparatorio publicó un manifiesto de gran interés por su contenido e

importancia histórica. Tras saludar a los delegados obreros reunidos en las «orillas del Guadalquivir», el manifiesto subrayaba que el nuevo movimiento se inspiraba en los principios «anarquistas» y «federalistas». En él se exponen las características generales de la estructura organizativa. Y, de nuevo, hablaba de los consejos de trabajadores, de su papel y de sus funciones.

En la sección, el ser humano autónomo delibera y vota, propone y propaga lo que quiere y como quiere, y el ejercicio de sus derechos individuales sólo depende de su propia actividad, excepto si no cumple sus deberes o utiliza procedimientos no reglamentarios.

La federación local, en virtud de su existencia, tiene naturalmente una personalidad social perfectamente jurídica, es decir, con derechos y deberes, y está compuesta por delegados enviados por las secciones comerciales que puedan existir en la localidad. Esta personalidad jurídica se denomina Consejo Local. Sin embargo, los miembros de la federación local, así como todos aquellos que puedan asistir a una

reunión -sea cual sea la federación a la que pertenezcan, siempre que hayan cumplido con sus obligaciones- debaten en este consejo, con tanto derecho como los delegados que lo componen; sólo participan en la votación los delegados de las secciones comerciales que componen el Consejo Local. [22]

Al mismo tiempo, vemos en Francia el resurgimiento del viejo socialismo bakuniano, federalista y antiestatista, bajo el nombre de «sindicalismo revolucionario» o «anarcosindicalismo». También reaparece la idea de los «consejos obreros», así como su papel en la futura reconstrucción social.

En el congreso de la Fédération des Bourses du Travail [23], celebrado en Tours en 1896, las líneas maestras de la futura sociedad se describen en el informe presentado por los delegados Claude Guiot (en nombre de la Bourse du Travail de Nîmes) y Fernand Pelloutier [24] (en nombre del Comité fédéral des Bourses du Travail).

Cada gremio se organiza en un sindicato; cada sindicato nombra un consejo, que podríamos llamar consejo profesional del trabajo; estos sindicatos están a su vez federados por gremios, a nivel nacional e internacional.

La propiedad ya no es individual: la tierra, las minas, las fábricas, los talleres, los medios de transporte, las casas, etc. se han convertido en propiedad social. (...) La sociedad necesita tanto trigo, tanto vestido; los campesinos y los sastres reciben de la sociedad, ya sea en dinero, mientras éste permanezca, o en valor de cambio, los medios para consumir o utilizar los productos fabricados por otros trabajadores. (...) Las Bolsas, conociendo la cantidad de productos que hay que fabricar, asesoran a los consejos laborales profesionales de cada

corporación, que emplean a todos los miembros de la profesión en la fabricación de los productos necesarios. [25]

Con el desarrollo del sindicalismo revolucionario francés, especialmente en el periodo 1900-1907, la idea de los consejos fue ganando fuerza. La difusión de las ideas del sindicalismo revolucionario fuera de Francia trajo al mismo tiempo el sentido de los consejos que la Primera Internacional y Bakunin tuvieron en su momento. Basta con

echar un vistazo a los libros, folletos y artículos de los sindicalistas revolucionarios, o más exactamente anarcosindicalistas de la época, como Pelloutier, Pataud, Pouget, Griffuelhes, Yvetot, Monatte y muchos otros, para darse cuenta de que la aparición de la idea de los soviets en Rusia no enriqueció en absoluto el concepto. Los propagandistas e ideólogos del sindicalismo anarquista revolucionario ya habían establecido y adoptado esta concepción quince o veinte años antes; y Bakunin y sus compañeros, miembros de la Internacional, antiestatistas y federalistas, lo habían hecho cincuenta años antes.

Cuando la idea de los consejos se sustanció y desarrolló en los círculos anarcosindicalistas, los marxistas (y entre ellos los bolcheviques) no quisieron ni oír hablar de ella, y la mayoría de ellos -que ahora pasan por acérrimos partidarios de los soviets- consideraron la idea como una «utopía idealista». Su «ciencia» socialista no podía admitir que el socialismo pudiera alcanzarse por otra vía que no fuera el parlamentarismo y la república democrática, que Engels había proclamado como la forma específica de la dictadura del proletariado.

Y los hechos demuestran que la primera etapa de la revolución rusa fue la de los soviets y los consejos, no la de la democracia y el parlamentarismo, e indican una vez más que la «utopía anarquista» es más fuerte que la «ciencia marxista».

Notas [1] Bakunin, «La politique de l'Internationale», publicado por L'Égalité, 28/8/1869, es decir, unas semanas antes del congreso de Basilea (Texto en Bakunin, le socialisme libertaire, ed. F Rude, 1973, p.181).

[2] En realidad Pindy, cita del Compte-rendu du IV Congrès international tenu à Bâle en septembre 1869, éd. Bruxelles 1869, p. 143 y La Première Internationale (Recueil de documents), Genève, 1962, tome II, p. 109.

[3] Op. cit. p. 109, p. 111. De hecho, la cita en búlgaro no está en el original y hemos elegido la idea más cercana. El texto en búlgaro es literalmente : La organización de los grupos profesionales locales y de los sindicatos industriales generales dará lugar más tarde a una administración municipal y a una representación laboral general a nivel regional, nacional e internacional. (NOTA DEL EDITOR).

[4] Rocker, op.cit. p. 47.

[5] N. K. Lebedev, K istoriu internatsionale: Etapi mejdunarodnaqo obedinenio trudiochtchikhsi («Sobre la historia de la Internacional: las etapas de la Unión Internacional de Trabajadores»), p. 47, Moscú, Golos Truda, 1920.

[6] A. Chekin (Stotsky), Utchenie o profesionalnom dvijienie («La enseñanza del movimiento profesional»), Moscú, gosizdat, 1926. No hemos encontrado las citas de Pindy, salvo la última (op. cit. Bruselas, p. 143 y Ginebra, p. 109), pero la primera palabra no es «gobierno» sino «agrupación».

[7] Texto reproducido en Ni Dieu, ni Maître de Daniel Guérin, éd. Maspero, tomo I, el texto está fechado por él probablemente de 1868.

[8] Bakunin, en Ni Dieu, ni Maître, I, p. 224-225.

[9] Rabotnik (Obrero), n°3, XII-1930.

[10] Fue precisamente en esta conferencia, en la que el delegado español Anselmo Lorenzo presentó por primera vez la exposición y argumentación de la idea de los soviets, donde los marxistas pusieron su resolución sobre la necesidad de la fundación del partido político obrero y de su participación en el parlamento para ser su dueño.

[11] Anselmo Lorenzo, El Proletariado militante, Madrid, ed. Alianza, 1974, pp. 275-276.

[12] Anselmo Lorenzo, op. cit. p. 276.

[13] «Manifiesto de la Comuna de París, 19-04-1871» (en Charles Rihs, La Commune de Paris, 1871. Sa structure et ses doctrines, Seuil, 1973, p. 164-165).

[14] Bakunin, La Commune de Paris et la notion de l'État. Tomamos el texto de la edición muy seria de Fernand Rude, Bakunin de la guerre à la Commune, Anthropos, 1972, p.411.

[15] Bakunin, op. cit, p. 411.

[16] Orgueyani, Kak i ot kakvo se razvi revoliutsnarno sindicalizm («Cómo y gracias a qué se desarrolla el sindicalismo revolucionario»).

[17] Ver Kropotkin, Paroles d'un révolté, éd. Flammarion, 1978, p. 111 (La Commune II).

[18] De hecho, el terrorismo aparece más tarde en diferentes grupos.

[19] Netchaev hizo ejecutar a un revolucionario por sospecha de traición. Su nombre se asocia desde la denuncia de Bakunin con el jesuitismo, con la falta de escrúpulos y de respeto entre los revolucionarios. (NOTA DEL EDITOR)

[20] El sistema de destierro era entonces común en Francia. Fue retomado más tarde por Lenin, y luego por otros... (NOTA DEL EDITOR).

[21] Anselmo Lorenzo, op. cit. p. 356-357.

[22] Anselmo Lorenzo, op. cit. pp. 427-428.

[23] Se trataba de una organización anarcosindicalista que, cuando se creó la Confederación General del Trabajo, se unió a ella como parte integrante. Los mejores anarcosindicalistas franceses de finales del siglo XX militaron en estos sindicatos.

[24] Fernand Pelloutier, conocido anarquista y fundador del sindicalismo revolucionario en Francia.

[25] A. Chekin (Stotsky), op. cit. – Texto en francés en Pelloutier, Histoire des Bourses du Travail, París, Gordon and Breach, 1971, p251-252.

CAPÍTULO 3

Aparición y evolución de la idea de los soviets en Rusia

Capítulo III – Aparición y evolución de la idea de los soviets en Rusia y la relación de los anarquistas rusos con ella

Nuestros soviets no eran más que la realización rusa de las bolsas de trabajo francesas y de las cámaras de trabajo italianas. [1]

Esta afirmación es correcta hasta cierto punto, pero no del todo. En efecto, los consejos obreros rusos se asemejaban a las bolsas y a las cámaras en el sentido de que éstas, al igual que los consejos, se presentaban como órganos de unión y coordinación de las actividades de los trabajadores de las diferentes empresas y producciones de una región, es decir, órganos de unión territorial de los trabajadores a nivel local. Los soviets se parecían a las bolsas y cámaras en el sentido de que también pretendían -al menos durante un tiempo y según el papel que desempeñaban en ellos los anarcosindicalistas rusos- convertirse en órganos de regulación local de la producción y la distribución de mercancías en el nuevo régimen comunista. Pero aparte de esta similitud, los soviets obreros rusos tenían un rasgo muy característico que los distinguía enormemente de las bolsas y cámaras, e incluso de los consejos obreros locales de las organizaciones obreras españolas. Las bolsas y cámaras en Francia e Italia, y los consejos o comités en España, son en realidad consejos locales de trabajadores, compuestos por los delegados de las organizaciones profesionales o de productores previamente existentes a nivel local. Estas organizaciones tienen su vida establecida y regulada, y sus delegados en los consejos, bolsas o cámaras sindicales son responsables ante las asambleas de estas organizaciones.

La situación en los soviets rusos de delegados obreros es completamente diferente en este sentido. En la mayoría de los casos, estos soviets están compuestos por la asamblea de delegados realmente

elegidos, como en el caso de las bolsas y cámaras, por los trabajadores de las distintas empresas y ramas de la producción. Pero estos delegados no son designados por organizaciones firmemente unidas a los sindicatos obreros, sino que son designados por las

masas obreras no organizadas, amorfas, dispersas y unidas, según el caso, que acuden a las asambleas encargadas de elegir a los miembros del soviet sólo para votar. Que este es el caso se deduce de la descripción del anarquista ruso, el profesor N. Karelin, cuando trata esta cuestión en su libro Novoe kopotkoe izlojenie polititcheskoy ekonomü («Breve nueva exposición de la economía política»), en el capítulo «Los consejos obreros rusos».

Los soviets de delegados de los trabajadores consultan a los representantes de los talleres y las empresas. Estos soviets están formados exclusivamente por personas delegadas y elegidas por taller, donde los talleres más pequeños se reúnen en asambleas conjuntas.

Cuántos trabajadores participan en estas reuniones que eligen a los delegados enviados a los soviets es una cuestión secundaria. Lo importante es que cada obrero, precisamente por ser obrero, sin preocuparse de si está o no al día con sus cuotas, de si es o no miembro del soviet, puede acudir en cualquier momento a las reuniones (p. 176).

Esta forma casual de reunirse y coordinarse contribuyó a que los partidos dominaran fácilmente los soviets. El proletariado ruso se vio obligado a moverse rápidamente debido a las circunstancias. Y cuando fue necesario llevar a cabo acciones de masas, no existían, salvo algunas excepciones, organizaciones proletarias de clase con actividad regular y sus respectivos órganos destinados a preparar las luchas. Puede decirse que cuando los acontecimientos de 1905-1906 arrastraron a los trabajadores rusos al vórtice de las grandes luchas sociales de la época, éstos estaban casi desorganizados. Apenas había sindicatos y las huelgas se realizaban en silencio y de forma aislada. En la medida en que existían, los sindicatos eran débiles, impotentes, estaban dispersos por todo el país sin ningún vínculo y, en la mayoría de los casos, eran secciones de la facción socialdemócrata. En general, antes de la aparición de los consejos en 1905, el proletariado ruso

estaba desorganizado. Hay muchas razones para ello, pero los hechos son los que son. Hasta 1905, las huelgas de los trabajadores rusos eran dirigidas por comités de huelga provisionales, elegidos por los huelguistas de la empresa, y unidos a los demás sectores en huelga. Esta forma de dirigir la lucha se encuentra siempre donde el proletariado está desorganizado y sin un sindicato de masas regular, como fue el caso de Bulgaria hasta 1923.

Y en nuestro país, dada la ausencia de sindicatos de trabajadores, las grandes huelgas, como la de los trabajadores del tabaco en Trace en 1930 y la de los trabajadores de la conducción de agua de Rila en el mismo año, fueron dirigidas, no por sindicatos, que no existen, sino por comités de huelga elegidos provisionalmente, formados por delegados de cada empresa o de

grupos importantes de trabajadores. Y este comité desaparece automáticamente tras el fin de la huelga.

Esta era la situación en Rusia hasta 1905. Los trabajadores no tenían sindicatos y los acontecimientos se desarrollaron a una velocidad asombrosa [2]. Las huelgas se extienden masivamente y durante mucho tiempo. La derrota rusa ante Japón en la guerra de 1904-5 fue la gota que colmó el vaso. La marina se amotinó, toda la población se declaró en contra de la monarquía absoluta. El movimiento huelguístico se fue apoderando de todo el país. Las huelgas pasaron de ser cortas y poco concurridas a ser largas y masivas. Finalmente, en octubre de 1905, se convirtieron en una famosa huelga general del proletariado ruso. Ante esta presión, el zar publicó un manifiesto el 17 de octubre de 1905 en el que prometía introducir una constitución y un régimen parlamentarios en Rusia. Pero la clase obrera desconfía de este manifiesto y muestra su deseo de ir más allá de las acciones de protesta habituales. Querían tomar su destino en sus manos y establecer una nueva sociedad, en la que la gestión fuera controlada por los trabajadores de las ciudades y el campo, y no por un parlamento. Surgió la idea de que este papel debía ser desempeñado por los soviets de delegados obreros, que hasta entonces sólo habían sido comités de huelga elegidos por los trabajadores de las

empresas. Estos soviets, al igual que las huelgas, se hicieron regulares y duraderos.

Impulsados instintivamente por el desarrollo de los acontecimientos y por la vida misma, los obreros y los soviets obreros, al igual que las organizaciones no partidistas, se esforzaban por ser órganos independientes y autónomos de la clase obrera que, independientemente de la acción de los partidos políticos, tomaban por sí solos la dirección de las luchas y la organización de la nueva vida social.

Pero desgraciadamente esto no fue posible, porque en la mayoría de los casos, y en las regiones más pobladas, los socialdemócratas contaban con organizaciones relativamente fuertes en aquella época, creadas desde 1901- 1902 y con una enérgica propaganda.

Si en aquella época hubiera existido una fuerte organización anarquista en Rusia, apoyada por las masas populares, se podría haber contado con un amplio movimiento revolucionario socialista. Los partidos políticos habrían sido impotentes. Habrían tenido que avanzar bajo la presión del pueblo, para no caer en el olvido. Pero eso no existía. Sólo había pequeños grupos dispersos de anarco-comunistas. Lo cierto es que, como siempre, influyeron en los acontecimientos, estando, como en todas partes, en la vanguardia del movimiento y agudizando la lucha. Pero esto no fue suficiente. Las masas de trabajadores no estaban unidas en un partido de clase [3].

Los socialdemócratas y los eseristas (socialrevolucionarios) conquistaron los consejos de delegados de los trabajadores e intentaron convertir los comités ejecutivos de huelga en comités políticos estatales, que poco a poco se convirtieron en «gobiernos provisionales». Esto frenó el curso natural de la revolución y redujo su horizonte. Los socialistas de Estado hicieron todo lo posible para dominar el movimiento y dirigirlo hacia sus estrechos objetivos políticos. Pero el liderazgo de la revolución no fue para los partidos políticos. Los «revolucionarios extremistas» de las masas populares no dejan de aumentar. [4]

En realidad, gracias a los «revolucionarios extremistas» y a los «instintos anarquistas» del proletariado ruso, los partidos políticos no lograron en 1945 tomar «la dirección del movimiento» y llevarlo

al marco de «sus estrechos objetivos políticos». Pero los anarquistas tampoco pudieron impulsar el movimiento revolucionario hacia la verdadera revolución social, dándole un carácter organizado y conscientemente libertario.

Esto ocurrió no sólo por la debilidad, la falta de organización y la juventud [5] del movimiento anarquista ruso, sino también por otra razón que Rogdaev no menciona expresamente en su informe. Sin embargo, otro anarquista ruso, M. Raevski, entiende y subraya este hecho muy claramente:

La constante propaganda anarquista de los últimos tres años y la interminable lista de víctimas ofrecida por los anarquistas en el altar de la revolución rusa (en 1905) no produjeron el resultado que se tenía derecho a esperar. (...) No podemos culpar a la psicología del proletariado y del campesinado de nuestro país de estos tristes resultados. El movimiento obrero y campesino en Rusia, por sus repentinas reformas, su comportamiento, sus consignas, obligó incluso a la prensa de los cadetes y a los socialdemócratas a reconocer la importancia de los elementos del anarquismo latente de las masas obreras y campesinas (...)

Las causas que resultaron ser frenos para la expansión de nuestro movimiento fueron principalmente el aislamiento de los elementos más activos de nuestros grupos con respecto al pueblo. Este aislamiento no provenía tanto de la delicada situación de una nueva corriente, sin ningún vínculo con las capas proletarias y obligada por este mismo hecho a librar una tenaz lucha contra los partidos establecidos anteriormente. Este aislamiento provenía sobre todo de la convicción arraigada, de la tendencia consciente a preservar la actividad anarquista. [6]

Estos elementos negativos y extremadamente corruptores para el desarrollo de la influencia anarquista fueron característicos del anarquismo ruso hasta la misma víspera de la revolución de 1917.

Dominaban los círculos anarquistas. Los anarquistas no pudieron, por desgracia, deshacerse de ellos, ni siquiera durante la revolución. El movimiento anarquista ruso estaba muy influenciado por las tácticas de Netshayev del pasado y los viejos hábitos y habilidades terror-

istas individualistas. Esta actitud fue reforzada por el movimiento terrorista en Francia y otros países occidentales, en el momento del declive del anarquismo sindicalista obrero en esos países. Las condiciones políticas rusas específicas del período del zarismo sirvieron en gran medida como terreno rico para el mantenimiento de esta táctica y para el refuerzo de un estado de ánimo coherente con esta táctica individualista y sectaria. En la época en cuestión, cuando se formaron los soviets obreros y apareció el interés por crear organizaciones sindicales proletarias al margen de los partidos, el anarquismo ruso estaba dominado por las tendencias de los besnatchaltsy (los que están en contra de la autoridad) y los tchernoznamentsy (los de la bandera negra) [7] opuestos al movimiento sindical. Estas tendencias se negaron a participar en los consejos obreros y, por tanto, se distanciaron del movimiento de masas del proletariado, dejando el campo libre para el trabajo y la influencia de los socialdemócratas (los mencheviques y los bolcheviques) y los eseristas.

Los miembros de estas tendencias declararon que el movimiento proletario de masas, inmerso en la penumbra de las reivindicaciones cotidianas, iluminado a veces por los brillantes rayos del ideal extremo, asimilaría y acogería inevitablemente en el plano sindical y político a todo revolucionario anarquista que se le acercara. (...)

Según ellos, era plenamente suficiente para desencadenar la revolución social - la lucha del pueblo- hacer entre los campesinos una propaganda del terror en la tierra, organizar, por parte de los grupos anarquistas, ataques a la propiedad privada y una serie de actos terroristas. El pueblo, despertado por las explosiones de las bombas, despertará de su sueño de miles de años y se pondrá a destruir el viejo mundo y a construir el nuevo (...)

Toda su táctica se basa en la concepción optimista de la preparación constante de las masas trabajadoras en estado amorfo para la insurrección bajo la presión de los pioneros de la revolución social, los grupos anarquistas. [8]

Por ello, no es de extrañar que, a pesar del instinto anarquista de las masas trabajadoras rusas, los partidos políticos consiguieran apoderarse de los recién creados soviets y sindicatos y expulsar a los

anarquistas. Con ello, los partidos impidieron que la revolución se desarrollara en un sentido libertario y la convirtieron en una revolución casi puramente política.

Por supuesto, no todos los anarquistas rusos tenían esta posición sectaria hacia el movimiento y las organizaciones obreras. Hubo una feliz excepción a esta tendencia general, los anarcosindicalistas rusos, conocidos en Rusia como «novomirtsy» (porque aparecieron en el sur de Rusia, en Novy Mir) y en el extranjero se agruparon principalmente en torno a la revista Khleb i Volia («Pan y Libertad») -de ahí su apodo de «khlebovoltsy»-, publicada en Ginebra, y luego bajo el nombre de Golos Truda («La voz del trabajo») -después de 1906- publicada en Nueva York. Pero esta tendencia era relativamente débil, y la mayoría de los mejores representantes actuaban en el extranjero (París, Ginebra, Londres, Nueva York, etc.), donde tuvieron que emigrar. Sólo indirectamente influyeron en el movimiento obrero de Rusia. Su actitud hacia las «masas», los soviets sindicales de los trabajadores, era completamente diferente a la del anarquismo tradicional ruso.

Con especial claridad y totalmente en el espíritu de la visión bakuniniana del papel de los consejos profesionales y los soviets obreros locales, los anarcosindicalistas rusos militaron en los soviets. El primero -según Vasily Khudoley- fue Novomirsky con su libro Iz Programy sindikalnavo anarkhizma («Extracto del programa anarcosindicalista»), publicado en Nueva York en 1907.

Mientras que los bolcheviques continuaron después de 1905-1906 descuidando los «soviets», no dándoles ninguna importancia como forma u órgano de la futura sociedad socialista, y considerándolos como un remanente del pasado, los anarcosindicalistas, cuya acción, como hemos visto, en gran medida dio lugar a la iniciativa de convocar un congreso general no partidista de organizaciones obreras en 1907, consideraba -y el libro de Novomirsky es una prueba de ello- que el soviet es el órgano que tras la revolución servirá de regulador de la producción y el consumo en la nueva sociedad.

En su capítulo «Colectivismo y comunismo», donde describe lo que tendrán que hacer los trabajadores después de expropiar a los capitalistas y liquidar el Estado, Novomirsky dice

Esto significa concretamente que: todas las asociaciones de trabajadores de una determinada ciudad o pueblo constituyen una federación, es decir, una unión libre de organizaciones iguales en derechos. Cada organización participa en el consejo federal del municipio, donde los representantes de las diferentes asociaciones, a petición de sus compañeros, elaboran listas generales de productos indispensables, cantidades, calidades, etc. Las comunas de trabajadores forman parte de sindicatos más amplios, por ejemplo federaciones nacionales e internacionales. [9]

Numerosos documentos atestiguan la actitud positiva y seria de los anarcosindicalistas rusos hacia los sindicatos profesionales y los soviets de trabajadores, y los informes negativos de los antisindicalistas.

Por ejemplo, el testimonio de la famosa anarquista rusa Maria Korn en su artículo «Kropotkin y el movimiento revolucionario ruso», donde, entre otras cosas, cita las disputas entre «sindicalistas» y «antisindicalistas» en los círculos anarquistas:

Esto ocurría en la época del florecimiento del sindicalismo revolucionario francés, y los compañeros, conocedores del movimiento obrero extranjero, hablaban con entusiasmo del éxito de las ideas anarquistas entre los trabajadores, y de cómo las organizaciones obreras aceptaban de buen grado el ideal anarquista libre y la táctica anarquista (...). Soñaban con crear un movimiento similar en Rusia gracias a los esfuerzos de los anarquistas. Otros, en cambio, despreciando a los sindicatos profesionales, así como a los de los burgueses, sólo veían el espíritu revolucionario en los elementos miserables de las masas populares.

La participación en los sindicatos les parecía una concesión, una desviación del ideal anarquista. La diferencia radicaba, básicamente, en el punto de partida: los sindicalistas veían principalmente las tareas del futuro, el momento de la reconstrucción; los antisindicalistas estaban más preocupados por la lucha revolucionaria de hoy

y temían que los anarquistas se encerraran en las masas obreras en general, que consideraban poco revolucionarias. [10]

Más tarde apareció otra cuestión en las disputas de nuestro partido [11], formulada como la relación con los soviets de representantes de los trabajadores creados por primera vez en 1905. ¿Podrían los anarquistas entrar en ellos? Sí, dijeron los sindicalistas. No, dijeron los opositores. [12]

Y los opositores al sindicalismo eran mayoría en el movimiento anarquista ruso, y tuvieron una influencia decisiva en los resultados de la acción anarquista entre las masas obreras y campesinas. Esta mayoría estaba compuesta (como se desprende de un artículo sobre la historia del anarquismo ruso de Georgy Maximov) por individuos con una fuerte personalidad, pero con poca cultura anarquista y una visión primitiva del anarco-comunismo y de los problemas que planteaba la revolución y la vida.

Otro anarcosindicalista ruso, Marc Mratchin, hablando de la falta de fundamento y seriedad de la literatura de propaganda anarquista rusa y de la

fragilidad de las concepciones de la mayoría de los anarquistas rusos antes de la revolución, escribe

Era un torrente, un horrible torrente de declamaciones, a veces llamando a la lucha contra el poder y el capital, a veces ensalzando todos los atractivos de la futura comuna anarquista. Pero no hubo ni una palabra sobre las preguntas sagaces de la vida cotidiana, preguntas como: ¿cómo superar con los propios trabajadores la destrucción de la guerra y el sabotaje de la débil industria de un país en revolución? Pocos dieron respuestas claras y concretas. (...)

Y si nos esforzamos en describir nuestros grandes defectos en dos niveles: la falta de los conocimientos más esenciales y una gran dosis de absurdo, comprenderemos claramente todas las enfermedades infantiles de nuestro movimiento durante la revolución. Nos explicaremos la posibilidad de la aparición, por ejemplo, del Manifiesto de los famosos hermanos Gordine, en el que tenemos, entre otras cosas: Valets, ¡fundíos en la anarquía! Prostitutas, ¡fundíos en la anarquía! ¡Príncipes de la noche, sed príncipes del día, fundidos en la anarquía!

Comprenderemos la posibilidad e incluso la necesidad psicológicamente ineludible de la aparición de un anarquismo inmediato, sin compromiso, sin acuerdo, de un anarquismo para administrar una casa, para fundar una guardia negra, etc. Nos explicaremos, por fin, la razón de la aparición del anarquismo. Finalmente, explicaremos la mayor desgracia que corrompe el movimiento anarquista en nuestro país: la ausencia de una organización anarquista grande y fuerte.

El anarquismo es una hermosa ciencia para organizar la vida económica y social de los pueblos sobre una base humana y racional. Es un movimiento vivo y creativo de las masas trabajadoras para su completa emancipación. Una minoría de pigmeos miopes consigue encoger, distorsionar, reducir a un individualismo estrecho de miras, tullido y pequeñoburgués que niega la necesidad de cualquier organización, a una actitud despectiva hacia la masa, el movimiento obrero y su organización.

No éramos lo suficientemente anarcosindicalistas. Perdimos mucho tiempo organizándonos cuando los intereses vitales de la revolución exigían la organización de las masas trabajadoras. No conseguimos crear una base lo suficientemente fuerte bajo nuestros pies, lo que permitió al gobierno ruso liquidarnos con relativa facilidad. [13]

En cuanto a las relaciones positivas y correctas de los anarcosindicalistas rusos con los soviets, los sindicatos y en general con las organizaciones de masas de los trabajadores, así como una visión seria de los problemas de la revolución social, se pueden consultar dos documentos: las resoluciones del congreso de

la confederación de anarcosindicalistas panrusos [14] del 25 de agosto de 1918 y el «Proyecto de declaración del ejército revolucionario insurgente de Ucrania» (makhnovistas) del 20 de octubre de 1919 escrito por Voline [15] famoso anarcosindicalista ruso.

La resolución de los anarcosindicalistas es :

El congreso decide:

1 – luchar contra el poder del Estado y del capitalismo; unir los soviets independientes en federaciones y emprender la reunión de

las organizaciones obreras y campesinas independientes con vistas a la producción;

2 – recomendar a los trabajadores la creación de soviets libres y la lucha contra la institución de consejos de comisarios del pueblo, porque representan una forma de organización que sólo puede tener consecuencias desastrosas para la clase obrera [16].

En la declaración del proyecto del ejército makhnovista, en la sección «Establecimiento de los soviets», Volin escribe:

Para crear una vasta unión y vínculos mutuos, todas estas organizaciones -a nivel de la producción, del trabajo, de la distribución, del transporte, etc.- nombran sin presión, de abajo hacia arriba, organismos de coordinación, similares a los consejos económicos, que tienen una función técnica de regulación de la vida socioeconómica a gran escala. Estos consejos pueden ser comunales, urbanos, regionales, etc. Se organizan libremente. En ningún caso aparece una administración política, dirigida por dirigentes de tal o cual partido, que dicta su voluntad e impone su poder político bajo la máscara del poder soviético. Estos consejos técnicos son sólo órganos consultivos ejecutivos que regulan la actividad económica de las localidades. [17]

Siendo la mayoría de los anarquistas rusos antisindicalistas, no tenían esta actitud hacia el movimiento obrero y los soviets, que jugaron un papel tan importante y, en mi opinión, decisivo.

Los anarco-comunistas -escribe Yartchuk en un artículo sobre los antisindicalistas- se interesaron poco por las organizaciones de las grandes masas de trabajadores. Incluso los atacaron (a los anarcosindicalistas) porque participaban en organizaciones obreras. Consideraban que los anarquistas debían preocuparse por la destrucción de la vieja sociedad, por la construcción inmediata de comunas anarquistas. Siguieron poniendo sus esperanzas en los pequeños grupos anarquistas, pensando que éstos empujarían a las masas hacia el comunismo anarquista.

La propia opinión de personas con el prestigio y la consideración de Kropotkin en todo el movimiento anarquista internacional de que sin sindicatos toda revolución está condenada al fracaso, de que se debe y tiene que entrar en los soviets, por supuesto, siempre y cuando

estos soviets sean órganos de lucha contra la burguesía y el Estado, y no órganos de dominación; ni siquiera esta opinión pudo provocar un cambio en el conjunto de los anarquistas rusos, predominantemente antisindicales, sobre los trabajadores sin partido y las organizaciones y movimientos de masas. Los camaradas se mantuvieron hasta el final en su vieja posición sectaria y errónea. Huyeron de los sindicatos cuando deberían haber estado allí para evitar que los políticos y los estatistas se hicieran cargo y desvirtuaran la revolución. Estos errores de la mayoría de los anarquistas rusos resultaron fatales para el futuro, así como para el anarquismo ruso y la revolución rusa.

Debemos aprender de esto. Debemos comprender que si la mayoría de los anarquistas rusos no hubieran tenido esta actitud sectaria hacia el movimiento sindical del proletariado y los soviets como órgano de lucha proletaria, seguramente no habríamos llegado a la triste situación que tenemos ahora; sobre todo, esta influencia habría sido beneficiosa para el desarrollo de la percepción anarquista de las masas trabajadoras rusas, que además de ellas seguían un camino libertario de la solución de la cuestión social. Si hubiesen tenido una actitud positiva, sus ideas habría seguidas instintivamente por las masas, no habrían sido derrotados tan rápidamente, exiliados y apartados de toda participación en la construcción de la nueva sociedad comunista por astutos e ingeniosos demagogos que -según el comentario exacto de Kereline- llegaron al poder por medio de consignas anarquistas.

Notas [1] Vasily Khudoley, anarquista ruso (anti-consejo y anti-sindical) en Amerikanski Izvestia, 1923.

[2] N. Rogdaev, The Anarchist Movement in Russia, informe para el Congreso Anarquista Internacional de Amsterdam, 1907.

[3] Por supuesto, Rogdaev habla aquí de un «partido de clase», no en el sentido de un partido político, sino de una organización económica de clase, al igual que lo hace en su folleto Los fundamentos del sindicalismo, cuando llama a la Confederación General del Trabajo «el partido del trabajo». (No encontramos este término en este folleto de 1904; sin embargo, en los Artículos políticos de Malatesta, ed. 10-18, 1979, se encuentra en 1897, pp. 90-95 y 259).

[4] N. Rogdaev, op. cit. p. 36-38.

[5] El movimiento anarquista en Rusia en la época de Bakunin había sido destruido y aniquilado definitivamente hacia 1880. Reapareció hacia 1901- 1902.

[6] M. Raevski, Tri mnenio varkhu sindikalizma («Tres opiniones sobre el sindicalismo»).

[7] Grupos individualistas descritos por Paul Avrich, Les Anarchistes russes, Maspero, 1979, p. 59 y ss.

[8] M. Raevski, op. cit.

[9] Novomirski, Kolektivizom i komunizam, izdanie Svobodna komuna, 1919, p. 17 [Véase la creación del primer soviet en La revolución desconocida de Voline].

[10] P.A.Kropotkin i ego utchenie, Chicago, 1931, p. 188 (traducción directa del ruso, N.D.T).

[11] Véase el capítulo 3.

[12] Op. cit. p. 189.

[13] M. Mratchine, «Rezultotite» en Rabotnitchesko Missal, nº 73, 1923.

[14] En francés, en parte en A. Skirda, Les Anarchistes dans la révolution russe (NDT).

[15] Este documento, colectivo y no de Voline, cuyo original ruso «desapareció» a causa del leninismo, sólo existe en traducción búlgara – 39 p. – (un ejemplar en el Instituto Social de Ámsterdam). Hemos dado una traducción al español, Espoir, de Toulouse, 8-09-197